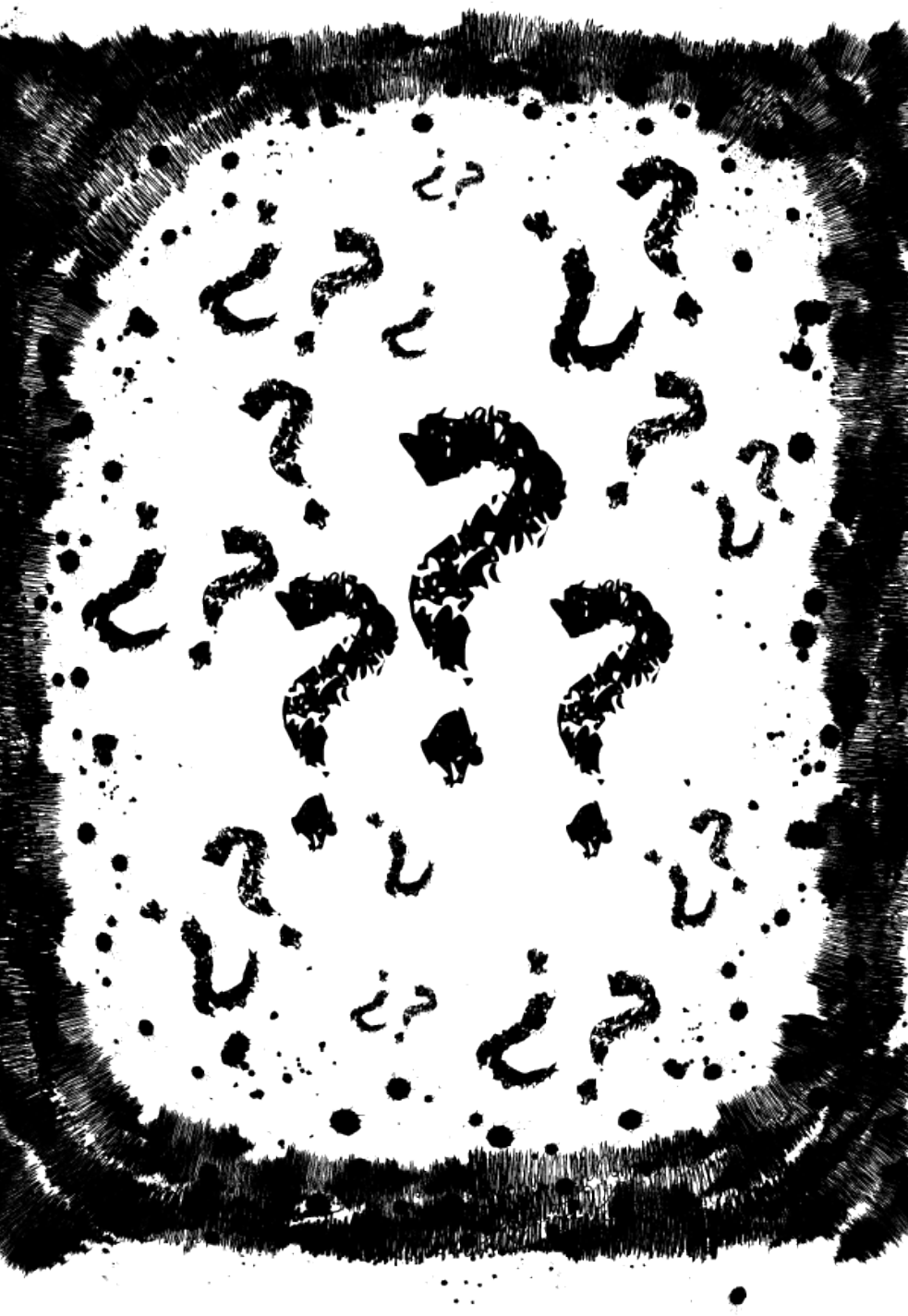


# INQUIETUD

Antología de cuentos  
policiacos







5  
LO OCULTO

7  
FRENESÍ

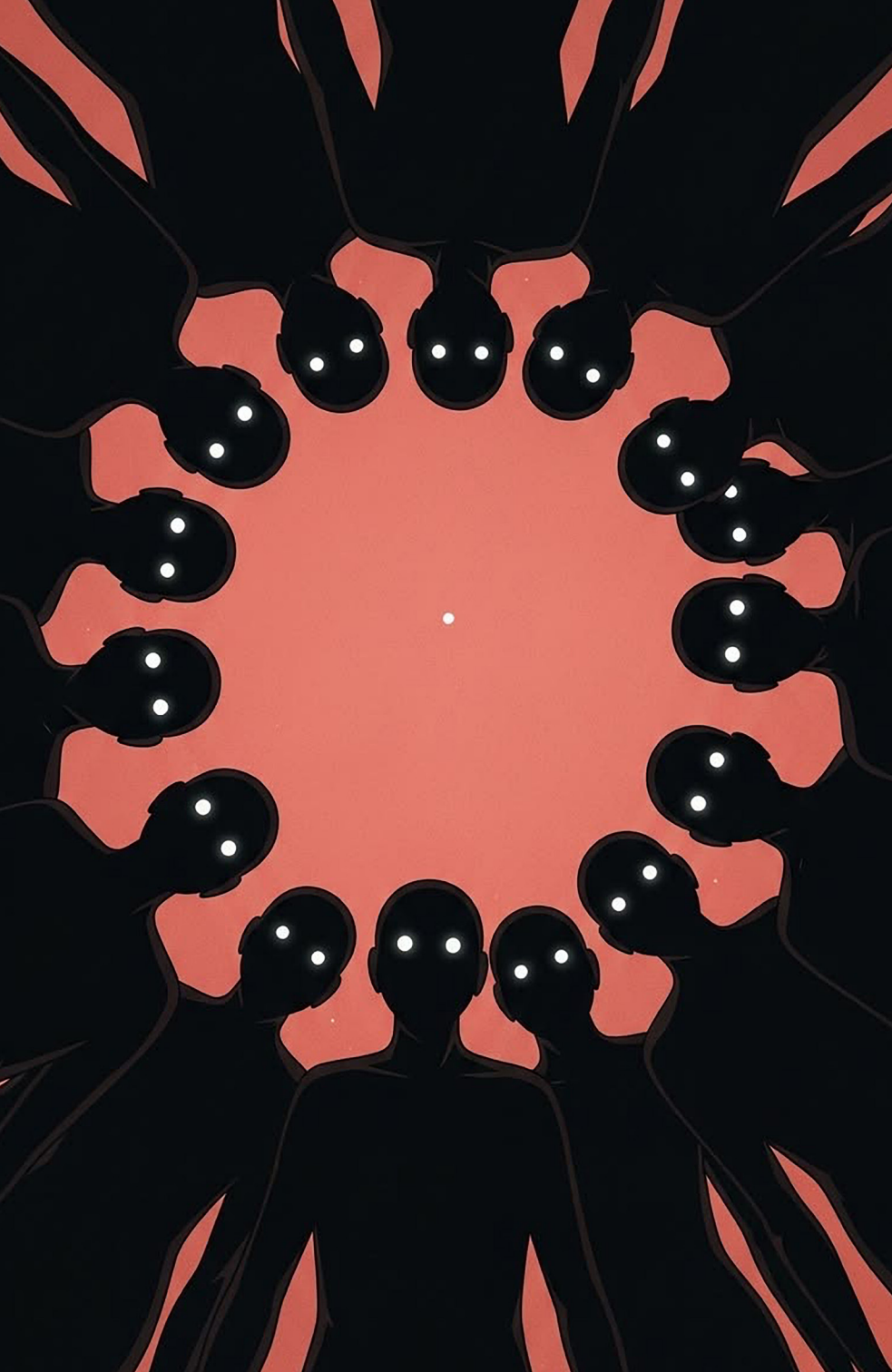
11  
EL FUNERAL

15  
LA DAMA DEL RELOJ DE ARENA

19  
JACINTO EL VAMPIRO

23  
EL JUEGO DE JARAS: LOTERIA DEL  
SILENCIO

27  
LOS ACÁ EL ADÉN



## LO OCULTO

**L**os cuentos policíacos narran historias reales o ficticias en las que ocurre un crimen. Relatos que invitan al lector a pensar como un verdadero detective y mirar más allá de lo evidente. A través de sus páginas, el misterio se construye poco a poco, obligando al lector a observar cada detalle y a cuestionar cada acción de los personajes.

Dentro de esta antología, cada relato presenta un misterio distinto que pone a prueba la intuición del lector. Un funeral cuidadosamente planeado, donde cada detalle responde a un propósito oculto... y donde el invitado especial ignora que, en realidad, es el centro de la ceremonia. Un detective de instinto punzante, con un aguijón siempre listo, empeñado en atrapar a una asesina tan fría como calculadora y cautelosa.

En otro relato se tratan traumas que deforman la realidad hasta volverla irreconocible; seres fantásticos marcados por el rencor, la violencia y decisiones que los conducen al crimen. El último cuento nos lleva a un mundo distópico donde las modificaciones corporales redefinen lo humano y un hacker justiciero desafía a un sistema corrupto desde las sombras digitales.

Cada historia combina misterio, tensión y giros inesperados que obligan al lector a reconstruir los hechos, sospechar de todos y cuestionarlo todo. Son relatos emocionantes e inquietantes que no solo se leen: se experimentan. Y, una vez cerrada la última página, continúan resonando en la mente mucho tiempo después, dejando preguntas abiertas y la sensación de que el misterio nunca termina por completo.



## Frenesí

Fátima Petronila Amador Ochoa

**L**a casa era extraña, grande, pintada de gris; abarcaba toda una esquina, con rejas de color verde y en la puerta principal había una especie de gárgola de la que no se distinguía qué era, si un águila o alguna otra ave. Estaba horrenda, grotesca, tenía cabeza de urubú; el pico era tan grande que parecían cucharones, patas de avestruz y alas de murciélago.

Ahí estaba yo, frente a la casa a punto de tocar el timbre; no había luz afuera, solo la luna que daba un resplandor y las ramas de los árboles proyectando en el piso sombras y figuras muy tétricas. Divisé por debajo de la puerta principal una luz amarillenta; no sabía si tocar el timbre o retroceder sobre mis propios pasos y regresarme. ¿Qué estaría pensando Alfredo cuando me recomendó que viniera aquí?

De pronto, escuché que alguien hablaba adentro en voz baja: “cállate”, decía. “Si no comes, ya sabes lo que te va a pasar. Mira a las demás todas quietecitas, no dicen nada, porque cuando yo les mando que se callen, todas guardan silencio, pero tú sí eres demasiado habladora y me aturdes. ¿Acaso no entiendes cuando se te da una orden?”. Yo pegaba más el oído a la puerta esperando respuesta, pero no escuchaba nada. Saqué una mano del bolsillo de mi abrigo, toqué el timbre y escuché una voz que me dijo: “¡Pasa. La puerta está abierta! Empujé la puerta con cuidado y de golpe me llegó un olor fétido, como a carne putrefacta. El ambiente era espeso, el aire rancio, la atmósfera estaba totalmente infecta. Pensé “¿cómo es posible que este olor no salga de esta casa, que los vecinos no lo sientan? Es fuerte...”

Me picaba la nariz, me ardían los ojos, me tapé la boca con la solapa de mi abrigo. Sentí el estómago revuelto a punto de vomitar. Parada en la entrada sin avanzar, esperé a ver quién era la persona que me había hecho seguir sin preguntar antes; parecía que ya

me estaba esperando. Había tan poca luz que abrí y cerré varias veces los ojos. De pronto escuché que me decía:

—Aquí estoy.

—¡Oh por Dios. ¿Qué es esto? —exclamé.

No daba crédito a lo que mis ojos veían: aquel lugar era terrorífico. La escena que vi me dejó perpleja, no podía comprender quién era el que me hablaba. ¿Acaso eran aquellas criaturas de ojos inertes y cuerpos desmembrados? Me aterrericé y sentí pavor porque nunca imaginé estar en un lugar tan repugnante.

—No hagas ruido —me dijo la voz— que mis niñas están durmiendo y ellas lo abarcan todo.

Eché un vistazo rápido por todo el lugar; era espantoso. Había telarañas, cucarachas, cochinillas y ratas que salían por todos lados, tan grandes como conejos. Se les hinchaba el hocico y chillaban, se mordían unas a otras, murciélagos pegados a la pared; por todos lados se posaban. Había restos de comida muy vieja, de las ollas salían gusanos; aquello era horripilante. Me llevé las manos a la cabeza y sentí algo extraño. ¿Qué es lo que tengo? Lo arranqué y vi que era una cofia de enfermera. Se me hizo extraño. ¡Luego, me abrí el abrigo y vi que estaba vestida como tal! Pero ¿cuándo me vestí así? De repente, me vinieron unos recuerdos muy leves. ¡Oh es verdad... Claro, cuando yo estaba comiendo en el jardín, aquella enfermera que me llevaba mi medicamento, sí, eso es!... Ahora lo recuerdo. Yo estaba ahí sentada cuando la vi venir. Tomé un rastrillo de barrer hojas secas y le pegué fuerte hasta derribarla. Se desplomó en el piso y allí fue cuando aproveché para quitarle la ropa y vestirme entre unos limoneros, y salí corriendo de aquel lugar. ¡Así fue!

Estaba ahí petrificada. Me llegaban flashazos de recuerdos, pero no hilaba nada. Escuché en las calles sirenas de policías y de ambulancias. De pronto, se abrió la puerta tras mis espaldas. Antes de que volteara, sentí en mi nuca un pinchazo, como si me hubieran incrustado una varilla filosa. Me ardía, me llevé las ma-

nos a la garganta; la boca se me reseco, los ojos se me nublaron, y aquella luz amarillenta ya no la podía distinguir, sólo miraba como hilos dorados que se desvanecían conforme yo caía al piso.

Para aquel instante, solo miraba sombras blancas que me tomaban de los brazos y de los pies. Me sacaron y sentí un aire fresco que entraba por mi nariz; se me tensaron todos los músculos con el frío, vi luces rojas, azules y amarillas. Con dificultad reconocí que me subían a una ambulancia. Me pincharon por todos lados los brazos, me pusieron un líquido blanco en la vena que sentí correr frío. Solo movía la cabeza, sin articular palabras. ¿Qué pasaba? Oía murmullos. Escuché a alguien que decía:

—Pobre mujer, ¿qué la habrá traído hasta aquí? Llegó lejos. El doctor está preocupado. ¿Qué pasará por su mente?

—Pues, solo alucinaciones. Estas personas viven de recuerdos y alucinaciones. Es lo que dice el doctor Alfredo, su psiquiatra.

El informe decía: “Esta mujer de niña vivió en este lugar con su nana. Un día a la medianoche, unos sujetos tocaron a la puerta; cuando la nana abrió, ahí mismo le asestaron un golpe con un bate y quién sabe cuántas cosas más le hicieron”.

—Sin embargo, no robaron nada. No había nada de valor, solo ese montón de muñecas que vimos. ¡La mataron y no encontraron a la niña, pues ella se escondió entre todas las muñecas! Bueno, eso es lo que cuentan.

No, no fueron ladrones. ¡Sí, ahora entiendo! Fue mi hermano el que jugaba a ser médico! Lo hizo para quedarse con la herencia de mi abuela porque aquella anciana era nuestra abuela. Yo salí a las calles después de varios días de estar encerrada comiendo lo que había en aquel lugar. No fueron ladrones, fue mi hermano Alfredo. Él la mató.

**Fatima Petronila** estudia Creación Literaria en la UACM, San Lorenzo Tezonco. No explica lo que escribe, a veces le falla el sentido; sin embargo, continúa intentándolo.



## El funeral

Aline Itzel Martínez Luviano

**L**a muerte vino por ella. Su ataúd era único, de un rojo intenso brillante. Antes de morir lo diseñó con tantos detalles que era imposible dejar de verlo: la inicial de su nombre estaba marcada en las cuatro esquinas con piedras blancas que, al darles la luz, cegaban un poco la vista. Otras llevaban lentejuela color negro que recordaba la capa intensa e inmensa de la noche; una cruz al centro que fue trabajada en plata llevaba escrita las palabras “laetus”; más abajo había una luna llena que se enlazaba con un corazón donde se leían las palabras “para siempre”. Sus seres queridos mostraban asombro, pues nunca antes habían visto un ataúd tan particular. Ella se veía alegre, tranquila y sublime.

La lluvia caía por los bordes de las ventanas; en cada gota se lograba ver un reflejo de los recuerdos de su casa. Las veinte velas que se colocaron alrededor del ataúd se consumían con lentitud; eran hermosas. Cada una adornada con lentejuelas y brillantina; las flores eran pequeñas y estaban hechas de pasta dura.

Los invitados vestían de manera formal, pero se les pidió con anticipación que llevaran sombrero; para los hombres, un canotier blanco con una franja negra; para las mujeres, blanco con una franja roja. Todos lloraban y contaban las distintas anécdotas que conocían sobre la mujer tendida.

—Recuerdo que era una chica encantadora, pero se enojaba muy seguido. Era delicada con temas de su trabajo, no permitía que las cosas salieran mal. Era dura con los demás.

Sus rostros demostraban mucha tristeza. Tomaban una taza de café que acompañaban con galletas de chocolate. Al final de la habitación, se encontraba una mesa con todo tipo de postres, desde pasteles de tres leches, triple chocolate, fresas con zarzamora, mil hojas, opera, selva negra, pay de queso con zarzamora, flanes de cajeta, vainilla, imposible y miles de diferentes tipos de dulces.

También había veinte cafeteras que no dejaban de servir café, había desde americano hasta capuchino. Todo era en abundancia, como una manera de pedir perdón por arrebatarse una vida. Un hombre servía con delicadeza cada taza de café que venía acompañado de un “gracias, fue el amor de mi vida”. Cuando la vi en la “caja” recordé que era una persona triste, solitaria, cansada. El silencio era su único amigo. Siempre se le veía caminando de la escuela a la casa y de la casa a la escuela. No salía con amigos y cuando convivía con los demás sólo era por un instante; le gustaba más la soledad.

En sus ratos libres, leía y acomodaba sus libros para clasificarlos. Todos estos detalles fueron parte de la información que se registró en una carpeta: los detalles de la muerte. Los detalles yo los daba, los gritaba, mi dolor se sentía, pero nadie me escuchaba. Los hombres de café reían y se lamentaban por trabajar más horas.

De pronto sentí que mi cuerpo se elevaba poco a poco; era ligero. De mis tobillos comenzaron a crecer unas alas como de mariposa, mi columna vertebral se comenzó a transformar en una especie de tronco, los huesos ahora eran de madera, mis brazos seguían siendo de carne y hueso, pero mis dedos se convertían en flores rojas, blancas y amarillas.

Mi rostro ya no era joven, tampoco de una persona mayor; tenía arrugas en los costados de la cara, llevaba los lentes que siempre fueron parte de mi look, pero estos ya no tenían aumento, no tenían cristal, solo era el contorno que estaba adornado de pequeñas piedras preciosas como si fueran un diamante. Yo seguía gritando.

Mis mejillas estaban rosadas. Mi piel era suave y aterciopelada. En vida, siempre cuidé de no llevar mucho maquillaje, así que, al encontrar un espejo, el reflejo mostró mi rostro: me veía elegante, asombrosa y reluciente.

En ese momento entró al cuarto, su semblante demostraba dolor y tristeza. No quería acercarse porque aún no aceptaba la verdad. De sus ojos se veían salir un poco de lágrimas; sacó de su elegante saco, un pañuelo rojo para secarlas.

Recordó cuando la conoció; se lo susurró al oído y escuchó cada una de sus palabras. Terminó la historia y volteó a ver a sus acompañantes. Con mucha alegría, les narra la misma historia que ha escuchado, pero los detalles cambian, la voz cambia, el tono cambia. Narró las historias con tanta emoción que yo también sonreí y solté una carcajada. Me sentí feliz de escuchar una historia de amor como la de ellos. Él fue su único hombre. El único que tocó su cuerpo cuando él lo deseaba, cuando él lo quería. La muerta, como le decían, sonreía al verlo entrar por la puerta de la sala, corría para servir un vaso de agua y saciaba los labios de ese hombre que le prometió un amor sin dolor.

—Tu dolor es nuestro dolor, lo sentimos mucho—. La gente pasaba y regalaba abrazos ante ese cuerpo de hombre débil, que dejaba a una mujer recostada en una caja que ella misma escogió.

Ese hombre era mi esposo, pero también ya demostraba una edad avanzada.

Otro hombre parecido a él, se acercó para darle la mano.

—Amigo, sabemos que la mataste por que ella no entendía. Fue un merecido golpe desafortunado. Lamentamos tu pérdida.

Ambos se sumergieron en un abrazo que solo entre ellos entenderán.

—Amor mío, aquí estoy, me voy contigo —escuché sus palabras muy claras.

Su rostro se posaba frente al mío. Sentí que no estaría sola otra vez porque pasaríamos juntos otra vida en otro mundo. Yo era la muerta de la caja, yo fui asesinada. Ahora me encontraba completamente dormida, tranquila, sin preocupaciones, sin depresión, sin dolor. De pronto entendí que yo era una invitada más de mi propio funeral.

**Aline Luviano** estudia Creación Literaria. Le apasiona el color petróleo, leer, cocinar y ver series. Aún no encuentra la respuesta a la pregunta ¿Que hago aquí? Además Aline es una chica con liderazgo e iniciativa.



# La Dama del Reloj de Arena

Britany Jaquelin Villegas Serralde

**E**l Inspector Escorpión, con su aguijón tembloroso de impaciencia, repasaba el mapa del cobertizo. No era un lugar cualquiera; era un laberinto de herramientas olvidadas, macetas rotas y telarañas viejas: el reino oscuro de Carlota. Su objetivo era el rincón más polvoriento, ese detrás de la vieja cortadora de césped oxidada, donde los rumores decían que ella tenía su guarida principal para cometer sus crímenes.

Necesitamos una carnada y a alguien que conozca sus movimientos. —dijo el Inspector, golpeando el mapa con una de sus pinzas

En ese momento, una pequeña figura de ocho patas se arrastró desde la sombra de una lata de pintura.

—¿Quién es usted? —Preguntó el inspector

—Soy Débora, prima lejana de Carlota.

—Oh, Débora, ya la recuerdo, una gran colega en el departamento de policía. Tiene una reputación de ser tan astuta como su pariente, pero con un sentido de justicia que supera su apetito.

—Conozco muy bien a Carlota, por lo que puedo ayudar a capturarla. Conozco sus debilidades. Le gusta la carne fresca y el drama. Así es ella.

El plan de Débora era simple pero arriesgado. Sabía que Carlota, a pesar de su astucia, no podía resistir una buena oportunidad.

—Utilizaremos una carnada, un grillo muy succulento —explicó Débora—. Tengo un contacto y es lo suficientemente jugoso para que no sospeche nada. Lo colocaremos cerca del filo de su territorio y luego usaremos su propia vanidad contra ella.

El Inspector Escorpión, aunque desconfiaba de las arañas en general, reconoció la lógica.

—Y tú, Débora, ¿qué harás?

—Yo seré la damisela en apuros, una rival en su propio jue-

go —respondió con una risita escalofriante—. Carlota no puede soportar que otra araña tenga éxito en su territorio. Me verá con el grillo y querrá reclamarlo.

—Este plan me parece arriesgado, sin embargo, te he visto actuar en otros casos y admiro que eres muy estratégica.

—Para luego es tarde señores. ¡Andando!

El grillo, un robusto ejemplar de antenas inquietas, fue atado con un hilo de seda casi invisible y colocado estratégicamente al borde del territorio de Carlota, cerca de la rueda pinchada de la bicicleta.

Débora se posó cerca, tejiendo una pequeña telaraña de apariencia frágil, lo suficientemente visible para que Carlota la notara desde su escondite. El Inspector Escorpión y su equipo de hormigas centinelas se ocultaron en las sombras de las jardineras y debajo de las cajas de herramientas.

Se escuchaban los chirridos nerviosos del grillo. De repente, una sombra se deslizó por la telaraña oxidada. Era Carlota. Sus ojos brillaron al ver al grillo grande y, más aún, al ver a Débora.

—¡Vaya, vaya, primita! Parece que has encontrado un buen bocado, pero este es mi territorio.

—¡No es lo que parece! Solo lo encontré, no es mío —dijo Débora mientras hacía un intento de huir.

Carlota, con una sonrisa malévola, se abalanzó hacia el grillo, ignorando a Débora por un instante. Cuando sus patas delanteras tocaron la seda que sujetaba al grillo, el Inspector Escorpión dio la señal.

—¡Ahora, ahora, rápido!

Desde todos los rincones, las hormigas centinelas emergieron, lanzando sus hilos de seda pegajosa. Carlota, sorprendida, intentó defenderse, pero estaba distraída por la aparente huida de Débora. Sus reflejos, normalmente impecables, estaban divididos.

El Inspector Escorpión, con una velocidad sorprendente para su tamaño, se lanzó hacia adelante, clavando su aguijón no en el cuerpo de Carlota, sino en el suelo justo al lado de ella, inmovilizan-

do una de sus patas. Al mismo tiempo, las hormigas la cubrieron con una red de seda tan densa que apenas podía moverse.

Débora, que no había huido del todo, se unió al esfuerzo, tejiendo sus propios hilos para asegurar aún más a su prima.

—No te preocupes Carlota, la comida es abundante en el frasco de cristal del olvido.

—Carlota, alias “la dama del reloj de arena”, tienes derecho a guardar silencio. Cualquier vibración o frecuencia que emitas desde este momento podrá y será usado en tu contra ante la Jueza Tarántula. Tienes derecho a un abogado, si no puedes permitirte uno (porque te comiste a todos los que conocías), el tribunal del hormiguero te asignará un escarabajo pelotero de oficio para que defienda tu cáscara. Tienes derecho a una última cena, aunque, dadas las circunstancias y los cinco cadáveres vacíos que dejaste atrás, el consejo ha decidido que será puramente vegetariana. No más proteínas para ti.

Ella solo ladeó la cabeza y sus ocho ojos reflejaron la luz de la linterna del inspector.

—¿Abogado? —susurró con desprecio—. Inspector, no necesito a nadie que hable por mí. Mis actos fueron obras de arte y el arte no necesita defensa, solo paladares que sepan apreciarlo.

**Britany Serralde** estudia Creación Literaria en el plantel San Lorenzo Tezonco. Ella cree que el arte de escribir es la llave para abrir puertas a realidades que solo ella se atreve a soñar.



# Jacinto El Vampiro

Daniela Cortés Velázquez

**E**ra primero de noviembre de 1990. La Ciudad de México aún no era tan caótica como ahora y los niños conservaban algo de inocencia. En el Centro, el día de muertos no se vivía con la intensidad actual: no había concursos de disfraces ni modas impuestas por la televisión. Las madres solo preparaban algunos dulces o fruta para los niños que salían a pedir su calaverita con una caja de zapatos y una cruz dibujada en medio; quienes no tenían tiempo ofrecían monedas, sustituyendo los dulces.

Desde temprano, las calles se llenaban de niños con el rostro pintado como calaveras o cubiertos con sábanas con dos agujero en los ojos, simulando ser fantasmas improvisados. Esperaban en las esquinas a los jefes de familia que regresaban del trabajo para pedirles su calaverita

—Señor, señor, ¿me da mi calaverita?

Algunos, cansados, se negaban:

—No, mijo, no traigo. Hay pa' la otra.

Otros sacaban una moneda de cien pesos. Al final del día, los más afortunados reunían una pequeña cantidad que hoy apenas equivaldría a unas cuantas monedas.

Para mí, esos días eran gloriosos y emocionantes. Las calles se llenaban de presas y sangre fresca. Muchas chicas acompañaban a sus hermanos menores. Sus cuellos succulentos, con la vena palpitante, despertaban mi deseo. Mi apariencia era mi mejor arma, era el gancho perfecto: un joven apuesto que sonreía y les guiñaba un ojo como coqueteo mientras daba una moneda a los niños y decía en tono burlón:

—Para que le compres una paleta a tu hermana.

Algunas caían en el coqueteo, se sonrojaban. Dejaban a los pequeños en casa y se iban conmigo a algún callejón oscuro. Entre

besos y abrazos se mezclaban también mordidas en el cuello; la adrenalina del momento hacía que las chicas se extasiaran y no pusieran resistencia. Sólo se escuchaba un “¡aaaahhh!” y un leve suspiro, el último, mientras yo saciaba mi sed con su sangre tibia y joven que si no se bebía pronto se enfriaba y se coagulaba. Las chicas siempre se desvanecían en mis brazos. Después, yo me alejaba del lugar sin dejar rastro.

Nadie sospechaba de mí sobre aquellas muertes y desapariciones. Nadie me persiguió ni me hizo preguntas.

He vivido entre los mortales durante décadas, intentando seguir existiendo. Aunque tengo un vago recuerdo de que, muchos años atrás, vivía en un pequeño pueblo de Guanajuato cuando conocí a Emma. Era blanca, delgada y tan hermosa que me deslumbró. El color de su piel, esa blancura en su piel me heló de miedo. Creo que la encontré una tarde, desorientada entre las milpas. Al verme, pronunció mi nombre con una voz suave:

—Jacinto, ayúdame. No permitas que me maten.

Me sorprendió que supiera quién era. Tenía sangre en los labios y su vestido estaba manchado. Antes de que pudiera preguntarle algo, escuchamos gritos. Un grupo de personas se acercaba con picos, palos y antorchas ardiendo.

—No te escondas, maldita —se escuchaba que decían.

Ella suplicó que la escondiera.

—Jacinto, debes esconderme; me quieren matar. ¡Por favor, no los dejes entrar!

La oculté en mi casa. Ella se metió bajo la cama sin hacer ruido.

Los habitantes del pueblo irrumpieron furiosos, buscando a la “vampiresa” que atacaba al ganado y a los jóvenes. Negué saber algo. Tras revisar la casa, se marcharon.

Emma salió de su escondite y me agradeció. La tomé del brazo sacudiéndola con fuerza diciendo:

—Dime, ¿quién eres? ¿De quién te escondes? ¿Qué quieres de mí?

—Me llamo Emma y vine por ti.

—¿Por mí? —Le dije nervioso.

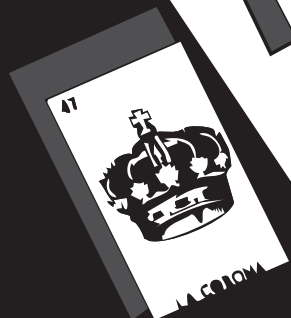
Emma me confesó que me había elegido para formar parte de los suyos y me ofreció la eternidad. No le creí. Intenté defenderme con un crucifijo que traía colgado en el cuello, pero se me abalanzó y mordió mi cuello encajándose sus enormes colmillos. Me golpeó con un jarrón que estaba sobre la mesa y perdí el conocimiento.

Cuando desperté y recobré el conocimiento pero ella ya no estaba. Yo tenía el cuello ensangrentado y una sed imposible de saciar. Tomé agua, pero no logré calmar la sed. Me toqué el cuello y sentí la sangre en mi mano. La lamí y un temblor recorrió mi cuerpo. Entonces pude ver a lo lejos a la esposa de mi vecino; sentí un deseo intenso por morder su cuello y beber su sangre cálida que le recorría las venas. Fue ahí donde comprendí que mi vida humana había terminado su ciclo.

Desde ese entonces, he vagado por pueblos y ciudades, ocultándome entre los mortales. No sé cuántos años han pasado ni cuántos más viviré; el tiempo dejó de tener sentido para mí. La sed nunca desaparece, siempre está ahí. A veces creo ver el rostro de Emma entre la multitud, pálido e intacto, como si el tiempo tampoco la tocara. Tal vez sigue observándome, segura de que cumplí con mi misión. Sigo caminando en la oscuridad y aguardando el día en que mi sed ya no sea de sangre, sino de venganza por lo que un día me hizo Emma.

Por eso cada año espero que “el Día de Muertos” los niños sigan saliendo con sus hermanas para poder seguir con vida.

**Daniela Cortés** Daniela es una mujer con iniciativa, disciplina y compromiso. Le gusta el trabajo colectivo, es apasionada por la escritura de cuentos y novelas. Cursa las carreras de Creación Literaria y Comunicación y Cultura en la UACM.



# El Juego de Jaras: Lotería de Silicio

María Eugenia Molina Vivas

**E**l chirrido de la alarma me arrancó del laberinto del ciberespacio. Regresé a la realidad, una frecuencia frágil y cruel, en un mundo donde la corporación Bizzard gestiona cada bit de la existencia. ¿Por qué me llaman? Soy un ex-hacker convertido en un detective de cuarta categoría. Lorenzo me contactó por el canal encriptado: “Calle de las Torres. Una tragedia”. Debía coordinarme con el asesor jurídico de Bizzard y entregar evidencias solo a ellos. ¿Qué hacía la corporación en un suburbio de mala muerte? Bajé al garaje.

Durante el trayecto, el abogado no dejaba de parlotear sobre “protocolos de contención” y “limpieza de imagen”. La corporación estaba en pánico.

—Solo usted conoce el perfil de este sujeto —sentenció el abogado.

Me cuestioné: ¿Qué ocultaba el código de Bizzard? Todo me olía a refrigerante quemado y alcantarilla. Al llegar, el despliegue policial mantenía a raya a los drones de los noticieros. Al verme pasar, el murmullo se extendió:

—Ya llegó el Diablo. Ahora sí nos cargó.

Me llevaron a la escena del crimen. Entre charcos de sangre y fluidos, vi las cartas de lotería. El horror era técnico: las víctimas tenían la carta de “La Dama” cosida en los párpados mediante sutura biónica. En el suelo, estaban dispersas las cartas de “El Gallo” con el logotipo de Bizzard grabado en láser.

Lo comprendí: Bizzard quería limpiar el desastre porque afectaba a su tienda de mayor facturación de implantes. Pero el sospechoso no era un criminal común. En los nodos profundos del ciberespacio se hablaba de Jaras, un ente que amaba los juegos, cuya lógica era una pesadilla algorítmica.

Rascando mi ceja, acorralé al abogado contra un muro de concreto.

—Están en el juego de Jaras —le siseé—. ¿Qué carajos le hicieron para que volviera?

Sentí un vacío en el estómago. La última vez que enfrenté a Jaras, él me arrebató mi vida. Observaba cómo los peritos recolectaron datos biométricos sin entender que la clave no estaba en el ADN, sino en los mensajes ocultos que dejaba.

Me escoltaron a mi departamento. Solo allí, tomé el casco de interfaz neuronal y me sumergí en la Red. Busqué sus voces, sus avatares... pero en su lugar, emergió la carta de “La Araña”: una invitación directa de Jaras. El cabrón nos había observado desde la escena del crimen a través de algún nodo oculto. Acepté. De pronto, un volcado de datos: coordenadas en forma de acertijo. “Latitud angular respecto al noroeste 90°, longitud al suroeste 180° en el hiperespacio”. La carta de “La Chalupa” se guardó en mi caché, revelando el cofre de La Calavera.

Me desconecté abruptamente, Lorenzo entró a mi piso. Analizamos las cartas de “La Dama” y “El Gallo”.

—Las damas son nobles —reflexioné—, pero si el Gallo destroza esa nobleza, ¿qué queda? Una carcasa vacía.

—Hubo un testigo —dijo Lorenzo—. Una mujer sobrevivió al proceso de extracción.

De pronto, el abogado llamó “A la carnicería”, así llamaban a la bodega clandestina de Bizzard, donde cultivan órganos con células madre y ensamblan chasis robóticos para la élite. La noticia corría como un virus: el heredero del magnate de Bizzard, había sido ejecutado. El oficial Méndez, empapado en sudor, apenas podía articular palabra.

—El señor Refil está devastado —dijo el abogado—Le cosieron la carta de “La Corona” en el pecho.

Entramos. El joven era una amalgama de carne y cromo; la tecnología no lo había salvado, lo convirtió en un objeto. Tomé la carta de su rostro y salí de allí. De vuelta en mi zona de

trabajo, conecté a Mármara, mi IA de asistencia.

—Mármara, cruza las cartas: El Corazón, La Dama, El Gallo, La Araña...

—Son dieciséis imágenes, detective —respondió su voz sintética—. Faltan piezas.

Entonces, entró un nuevo paquete de datos de Jaras: El Sol y La Luna: “La tecnología fue la luz que prometió riqueza, pero trajo oscuridad. Solo la Luna observa al verdadero criminal”. Respondí al desafío enviando dos cartas al servidor de Jaras: “La Estrella” para iluminar la verdad y “El Valiente” contra “El Apache”. El juego final estaba listo. El escenario: el laboratorio principal de Bizzard. Al ingresar, la carta de “La Mano” desbloqueó el acceso. Dentro, miles de cámaras revelaron el secreto sucio de la corporación: las víctimas eran inmigrantes a quienes les arrebataban la dignidad y los embriones para alimentar los tanques de células madre de la carnicería. El heredero supervisaba el tráfico de placentas y bio-materia. Mi propia esposa había sido un “recurso” en un proyecto llamado La Mano del Salvador

—¡La empresa que era la luz se corrompió en una red de mentiras! —la voz de Jaras retumbó por los altavoces del laboratorio—. Todos somos esclavos del silicio y de estos cabrones. ¿La tecnología reemplazará a la humanidad, detective?

Las pantallas del laboratorio mostraron el tablero completo. La Maceta, El Diablito, La Muerte. El grito final de Jaras resonó en cada rincón del ciberespacio:

—¡LOTERÍA!

**Maria Eugenia** Estudia creación literaria en el plantel San Lorenzo Tezonco. Ella piensa que tanto en la literatura como en el anime todo es posible. Eugenia es noble, sociable y participativa; siempre está buscando cómo apoyar a sus compañeros.



Stage 5

TRIM

WSP

THE BRONX

XVIII

## LOS ACÁ DEL ANDÉN

(Música, ruedas y colores)

Daniela Cortés Velázquez

**E**n la secundaria ochenta y seis “República de Venezuela”, los lunes comenzaban con los discursos interminables del director Rafael Rubio, apodado por los alumnos “El Murmullos” debido a su peculiar forma de hablar. Nadie le prestaba atención. Mientras el prefecto Fidel intentaba imponer orden, las burlas y el desinterés dominaban el patio.

Entre los alumnos del tercero C, destacaba un grupo que siempre rompía la rutina: “los ACÁ del Andén”, conformado por el Siege, el Rasón, el Raya y el Grave. Unidos por la música, la patineta y el graffiti, eran conocidos por provocar caos tanto en la escuela como en los andenes del metro.

El Siege, de catorce años, vivía en la Unidad San Marcos, en Iztapalapa. Su padre era taxista y su madre vendía dulces. Cada mañana despertaba con reggae y ska, escribiendo rimas en una libreta llena de estampas. Su sueño era cantar en un tokín junto a bandas como “los Estrambóticos” y “la Maldita Vecindad”. Para él, la música y el graffiti eran una forma de expresar lo que el barrio sentía y nadie decía.

Sale todo el crew con las latas en la mano,  
y en todas las esquinas suena el reggae mexicano.

Entre latas, ruedas, música y colores,  
se pintan sueños, promesas e ilusiones.

El Rason, introvertido y hábil sobre la patineta, vivía con su abuela y su hermana desde que su madre se fue en busca del llamado “sueño americano”. Prefería huir de la atención y refugiarse en los trucos y las pintas. El Grave, protector y solidario, vivía con un tío alcohólico en una vecindad. Siempre compartía comida con sus amigos y los defendía como si fueran su familia. El Raya, el mayor del grupo, trabajaba como cerillo para apoyar a su madre

y hermanas. Era el más talentoso para el graffiti y soñaba con ser reconocido algún día.

Después de clases, el crew se reunía cerca del metro Atlalilco (donde el metro chilla al pasar); ahí hay un gran muro gris, sucio y olvidado que funcionaba como su diario colectivo. Ellos pintaban leones, frases de protesta y símbolos del barrio. Dicen que ahí nacieron los graffitis más locos: frases con ritmo de canciones de protesta como la canción de la “Carencia” del Panteón Rococó:

Y la carencia, arriba

Y los salarios, abajo

Con lo que gano en esta empresa no me alcanza pa' tragar

Y la carencia, arriba

Y los salarios abajo...

Para ellos, el graffiti no era vandalismo, sino una forma de resistencia y de identidad.

Cada sábado por la noche, regresaban al muro con latas de aerosol y música. El Siege ponía canciones en su bocina mientras pintaban y discutían sobre fama, arte y libertad.

Una noche decidieron marcar territorio en el andén del metro Constitución de 1917, un lugar peligroso dominado por otros crews. Sabían el riesgo, pero también la importancia de dejar huella.

Mientras pintaban, el Siege cantaba su nueva canción:

#### COLORES EN LAS PAREDES

Sale todo el crew con las latas en la mano,  
y en todas las esquinas suena el reggae mexicano.

Entre latas, ruedas, música y colores,  
se pintan sueños, promesas e ilusiones.  
En los muros reflejan la rabia y el reclamo,  
los grandes anónimos de este arte urbano.

Aquellos graffitis viejos nos desafían,  
pero sus colores poco a poco se morían.

¡Color en las paredes!

Las calles saben quién fue.

¡No hay cárcel!

¡No hay culpable!  
Y mucho menos ley.  
Para aquellos que manejan  
la lata o un pincel.  
Ese aerosol huele a libertad,  
y cada firma es su identidad.  
Luces, sirenas, vuelven a aparecer  
eso es lo que nos indica que debemos correr.  
Sí, el grafitero nunca se rinde,  
pues el barrio siempre le permite.  
¡Color en las paredes!  
Que se pinten otra vez...

La tranquilidad se rompió con la llegada de la policía. En medio del miedo y la confusión, todo terminó de forma trágica. El Siege y el Grave no lograron escapar. El hecho dejó una marca profunda en el barrio y en la vida de sus amigos.

El Raya y el Rason lograron esconderse. Desde lejos vieron cómo la noche se llenaba de sirenas y entendieron que el crew ya no volvería a ser el mismo.

Tiempo después, ambos terminaron la secundaria y, en honor a sus amigos, concluyeron la canción y el graffiti que habían comenzado aquella noche.

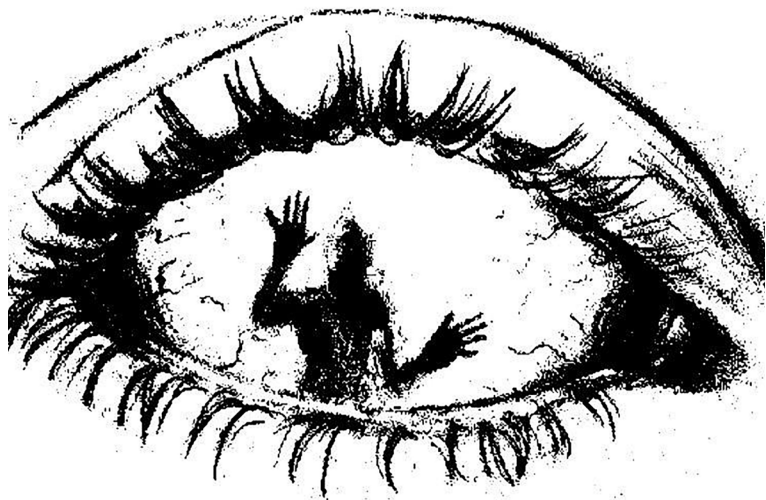
Con el paso del tiempo, “los ACÁ del Andén” se convirtieron en leyenda. Se dijo que murieron defendiendo el graffiti y sus ideales. El sueño del Siege y del Raya se cumplió: su música y su placa trascendieron Iztapalapa y llegaron a otros barrios del país.

Porque mientras haya colores en las paredes y en la música, el barrio seguirá hablando por ellos.

**Daniela** es una mujer con iniciativa, disciplina y compromiso. Le gusta el trabajo colectivo, es apasionada por la escritura de cuentos y novelas. Cursa las carreras de Creación Literaria y Comunicación y Cultura en la UACM.







*Inquietud*

se terminó de imprimir en 2026,  
en el Laboratorio de Comunicación Gráfica  
del Plantel San Lorenzo Tezonco de la  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Se imprimieron 30 ejemplares en papel Bond de 75 g.  
Para su formación se utilizaron tipos de la familia (Source Serif),  
diseñada por Samantha Herrera  
Copyleft © 2026

*Editorial Lumbre.* Proyecto autogestivo de la  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México.  
Plantel San Lorenzo Tezonco.

Producción editorial del Laboratorio de Comunicación Gráfica  
del Plantel San Lorenzo Tezonco

Equipo editor: **Aferradas**

Edición: **Andrea Ramírez** Diseño y formación: **Samantha Herrera**

Producción: **Julian Montes** Distribución: **Edna Bernal**

Recursos digitales: **Edna Bernal**

Primera edición marzo 2026

Impreso en México

Esta es una obra de *copyleft*, sólo puede ser reproducida si se da claramente el crédito a las autoras y autores, a la Editorial Lumbre y si se publica también bajo licencia de *copyleft*. Lo contrario es una violación del principio de colaboración y de libre circulación de las ideas.

**lumbre**  
Leer te prende

¿Por qué nos gusta el misterio?

¿Será que es porque nos gusta lo inexplicable, lo oculto y amenazante? ¿O es la experiencia de cuestionar todo lo que sucede en estas historias?

Esta antología reúne una serie de cuentos policiacos escritos por mujeres universitarias de la UACM. En sus historias, las autoras te llevarán por relatos enigmáticos y oscuros, con depredadores sedientos de sangre y criminales con mente retorcida.

El misterio y el peligro te seducirán para descubrir los enigmas que se encuentran entre estas páginas y se quedarán contigo en tu subconsciente, reviviendo cada relato que te mantendrá en incertidumbre durante un largo tiempo.

**Lumbre** es una editorial experimental y autogestiva creada para la comunidad del Plantel San Lorenzo Tezonco de la UACM. Publicamos libros y materiales que buscan abrir conversaciones, provocar ideas y generar encuentros a partir de la lectura. Te invitamos a visitar nuestra página web y explorar los recursos digitales que amplían y acompañan esta publicación.



**UACM**  
Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México  
NADA HUMANO ME ES AJENO

**lumbre**  
Leer te prende

  
Laboratorio de  
Comunicación Gráfica

EJEMPLAR  
GRATUITO  
prohibida su venta